

LITERATURA HISPANOAMERICANA CONTEMPORÁNEA, 1ª PEC

1.CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN “DOÑA BÁRBARA” DE RÓMULO GALLEGOS.

La lucha entre civilización y barbarie es uno de los temas centrales de *Doña Bárbara*, novela de Rómulo Gallego de 1929; valores sobre todo encarnados por Sebastián Luzardo y doña Bárbara, respectivamente: el primero, un terrateniente que, pese a haber nacido en un entorno rural, Altamira, en los llanos venezolanos, y en el seno de una familia con delitos de sangre, enemistada con los Barqueros, en su juventud huye de la herencia familiar y alcanza la civilización al formarse en la capital, Caracas; mientras que doña Bárbara representa la tierra virgen, o desarrollada pero de espaldas a la cultura occidental, sin aceptar norma alguna, que da vía libre al irracionalismo, el despotismo, el caciquismo, la corrupción (presiona a la justicia para que los jueces dicten leyes a su favor) y la violencia. Una mujer “terrible” que, como “capitana de una pandilla de bandoleros”, se vale del engaño y de otras tretas como la brujería y la imposición del terror entre sus súbditos para tener bajo control su región, antiguamente denominada La Barquereña pero rebautizada por la propia doña Bárbara con el nombre simbólico de El Miedo. Aunque su complicado carácter es en parte fruto del trauma que le supuso ser violada de joven por unos piratas que además le arrebataron al hombre al que tanto amaba, Asdrúbal.

Existe así un enfrentamiento entre el orden, la cultura, la ética y las leyes que buscan una convivencia pacífica, herencia del espíritu ilustrado, y un regionalismo primitivo y anárquico sin valores, lleno de asesinatos, sobornos, supersticiones y brujerías -como las hierbas, supuestamente milagrosas, con las que doña Bárbara cura al hijo del presidente para lograr su favor-, la lujuria y la codicia. Una tierra de precariedad sanitaria donde el alcoholismo (la “inconsciencia” de la borrachera) se convierte para algunos personajes, en especial para Lorenzo Barquero, en trágica vía de escape ante la falta de futuro. Bajo la consigna reduccionista de que solo existen dos caminos, “matar o sucumbir”, todo parece estar permitido, como demuestra por ejemplo el homicidio perpetrado por José Luzardo contra su propio hijo, Félix, hermano de Santos

Luzardo. Una violencia que no cesará a lo largo de toda la novela: “Aquí no se respeta sino a quien ha matado”.

El caso es que Santos Luzardo, tras estudiar Derecho en la capital, “cuidadoso del buen parecer” y al que “los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato”, regresa a su antiguo hogar a la muerte de su madre y, en vez de vender las tierras, como pretendía inicialmente, decide administrar la hacienda de su familia, saqueada por los mayordomos, y civilizar y hacer progresar Altamira frente a la dueña de El Miedo aun siendo consciente del peligro de sus orígenes, esa parte “salvaje” de su herencia familiar que le lleva a estar en una lucha perpetua consigo mismo.

Es cierto que Santos Luzardo llega a aparcarse en parte la civilización cuando es atacado por gente próxima a doña Bárbara como Bailbino Paiga o Melquíades, el Brujeador, pues, aunque en defensa propia, mata a este último tras cerciorarse de que solo a través de la fuerza lograría convertirse en “el caudillo de la llanura”, algo que entiende necesario para hacer frente al caciquismo de doña Bárbara; una acción que, a su vez, le hace sentirse culpable y temer su regreso a la barbarie, a esa estirpe violenta de los Luzardos que tanto le había atormentado en su juventud y de la que creía haber escapado. Algo sobre lo que reflexiona en las siguientes líneas, donde se muestran claramente sus luchas internas y contradicciones en aras de pasar de la barbarie a la civilización:

“Todos los esfuerzos hechos por librarse de aquella amenaza que veía suspendida sobre su vida, por reprimir los impulsos de su sangre hacia las violentas ejecutorias de los Luzardos, que habían sido, todos, hombres fieros sin más ley que la bravura armada, y por adquirir, en cambio, la actitud propia del civilizado, en quien los instintos están subordinados a la disciplina de los principios, todo cuanto había sido obra ardua y tesonera de los mejores años de su vida desaparecía ahora arrollado por el temerario alarde de hombría que lo moviera a acudir a la celada de Rincón Hondo. No era solamente el natural escrúpulo de haber tenido que defenderse matando, el horror de la situación brutal que lo pusiera en el trance de cometer un acto que repugnaba con los principios más profundamente arraigados en su espíritu, sino el

horror de haber perdido para siempre esos principios, de haber adquirido una experiencia definitiva, de pertenecer ya, para toda la vida, al trágico número de los hombres manchados”, apunta el narrador omnisciente. Porque, pese a actuar en legítima defensa, “el ingreso en la fatídica cifra de los hombres que han tenido que hacerse justicia a mano armada, eso ya no podía tener remedios ni atenuaciones. (...) La barbarie no perdona a quien intenta dominarla adaptándose a sus procedimientos. Inexorable, de sus manos hay que aceptarlo todo cuando se le piden sus armas”.

Sigue así un camino en principio similar al de su primo y “rival” Lorenzo Barquero, que, como él, también cursó estudios en la capital, fuera del entorno familiar, pero acabó regresando (el narrador habla de una “regresión moral” en la que los instintos priman sobre el raciocinio) para convertirse, en su caso, en víctima de doña Bárbara, con quien tuvo una hija, Marisela, pero que se apropió de buena parte de sus tierras, sufriendo una serie de calamidades que destruyeron su voluntad y le llevaron al alcoholismo.

Los rasgos de barbarie están, también, en el lenguaje utilizado por muchos de los habitantes del mundo rural, tan lleno de vulgarismos, como este consejo que ofrece el patrón a Santos Luzardo: “No hay que fiarse mucho, porque el llanero es mentiroso de nación, aunque me esté mal el decirlo, y hasta cuando cuenta algo que es verdad, lo desagera tanto, que es como si fuera mentira”. O expresiones de Melesio como “salgan pa juera, muchachas. No sean tan camperusas. Arrímense para que saluden al dotol”.

Para despojarse del subdesarrollo y alcanzar la civilización, se dice en la novela, “es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos por dentro”, un centauro que, directamente, representa la barbarie, y cambiar así el modelo de hombre rural, aislado del mundo racional, por el de la ciudad, más ilustrado, del que Sebastián y Lorenzo habían conseguido escapar pero solo temporalmente, sin llegar a matarlo del todo, quizá porque, como a Sebastián le cuenta su hermano, matarlo es imposible una vez que se tiene determinada sangre: “Todas las noches pasa por aquí. Y no solamente aquí; allá, en Caracas, también. Y más lejos todavía. Dondequiera que esté uno de nosotros, los que llevamos en las venas sangre de Luzardos, oye relinchar al centauro”. Y matarlo no es fácil: “Cien años lleva galopando por esta tierra y pasarán otros cien.

Yo me creía un civilizado, el primer civilizado de mi familia; pero bastó que me dijeran: «Vente a vengar a tu padre», para que apareciera el bárbaro que estaba dentro de mí. Lo mismo te ha pasado a ti: oíste la llamada. Ya te veré caer entre sus brazos y enloquecer por una caricia suya”.

Para hacer frente a esa visión un tanto reduccionista de la civilización y la barbarie, como si las cosas solo pudieran ser blancas o negras, entre medias de ambos personajes se sitúa Marisela, hija de doña Bárbara y de Lorenzo Barquero de apenas quince años de edad que vive en un territorio entre Altamira y El Miedo próximo a un pantano en cuyas aguas, por mediación de Santos Luzardo, logra purificarse como símbolo de la entrada en la civilización tras años de barbarie.

En este sentido, Sebastián Luzardo considera que, bajo la mugre de su desaliño y su abandono (su madre la había abandonado), en Marisela había unas “facciones perfectas” que le anima a vislumbrar limpiándola con agua. “Aprende y cógele cariño al agua, que te hará parecer más bonita todavía”.

Santos Luzardo la educa y consigue hacer de ella una mujer nueva (símbolo del paso de la barbarie a la civilización) como hubiera querido hacer, desde su formación y su cosmopolitismo, con el conjunto de su tierra y de sus gentes. Propicia asimismo en parte la reconciliación entre Luzardos y Barqueros, pues entre otras cosas consigue que Lorenzo Barquero abandone su vicio por la bebida y termina por encontrarse a sí mismo, aceptándose, dentro de su propia tierra.

Asimismo, para evitar llegar a las manos y que “la venganza” sea “lo único que tenemos por aquí para cobrar deudas de sangre”, Santos Luzardo reivindica la ley para, entre otras cuestiones, regular la delimitación de las tierras e impedir su apropiación a través de la fuerza o evitar que cualquier ciudadano pueda considerar propio un animal cazado en territorio ajeno. En concreto, aboga por implantar la costumbre de la cerca, que sería “el derecho contra la acción todopoderosa de la fuerza, la necesaria limitación del hombre ante los principios”, e introduce los avances tecnológicos en la agricultura.

Y, aunque no confía del todo en sí mismo, sí muestra su esperanza en el futuro: en que, con el paso de los años y las generaciones, la civilización le gane la partida a la barbarie: “Algún día será verdad. El progreso penetrará en la llanura y la barbarie retrocederá vencida. Tal vez nosotros no alcanzaremos a verlo; pero sangre nuestra palpitará en la emoción de quien lo vea”.

Al final de la novela, la apresurada marcha de doña Bárbara y la herencia recibida por su hija Marisela le hace confiar en que el futuro inmediato sea mejor en unas tierras que dejan de conocerse como El Miedo, pues “todo vuelve a ser Altamira”: el sufrimiento y la espera han merecido la pena.

2.COMENTE LA IMAGEN DE LA REVOLUCIÓN QUE REFLEJA MARIANO AZUELA EN “LOS DE ABAJO”.

La revolución mexicana es vista al inicio de la novela de Mariano Azuela *Los de abajo*, publicada en 1916, con la esperanza de un cambio en la sociedad mexicana en aras de acabar con la represión y falta de libertades y de educación del pueblo campesino y de lograr una mayor igualdad entre “los de abajo y los de arriba” en un momento histórico en el que los pobres se sentían cada vez más pobres y explotados laboralmente, víctimas del caciquismo y de la corrupción de los terratenientes, en alianza con las altas esferas del poder. De ahí que, entre sus objetivos, esté una distribución más justa de la riqueza que beneficie “al pobre, al ignorante, al que toda su vida ha sido esclavo, a los infelices que ni siquiera saben que si lo son es porque el rico convierte en oro las lágrimas, el sudor y la sangre de los pobres”.

Pero, pese a su ánimo de justicia, a través de determinados comportamientos y reflexiones de sus protagonistas, así como de los diferentes bienes materiales que poseen los propios revolucionarios (las tropas de Villa son opulentas y muy pobres las de Demetrio), a medida que transcurre la novela se comprueba que esa ilusión de un cambio a mejor, de equidad y de justicia social, se va desmoronando, convertida en una mera quimera: las diferencias entre los mismos revolucionarios, al final movidos

por el egoísmo y sus particulares intereses, se vuelven insalvables hasta el punto de que acabarán aniquilándose entre ellos y no se producirá ningún cambio relevante en la estructura social.

Esa visión del desánimo, y de la revolución como “barbarie” en la que se acaba robando y matando sin ideales que sirvan de guía, por el mero placer o la costumbre de robar y de matar, se expresa sobre todo en boca de Álvaro Solís: "Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano (...) Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías..., ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz. Me preguntará que por qué sigo entonces en la revolución. La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval..."

Solís es también quien, entre otras cosas, se da cuenta de que de nada sirve cambiar un régimen que se considera injusto si, pese al esfuerzo exigido, los nuevos gobernantes reproducen las injusticias del régimen anterior: “¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!”

Un desencanto que se vislumbra especialmente en las últimas páginas, cuando varios miembros de las tropas de Demetrio entran en Juchipila y se acuerdan, con nostalgia, de los primeros tiempos de la revolución, cuando la gente les recibía con música, banderas, vivas y hasta cohetes, mientras que ahora ya nadie confía ni en los unos ni en los otros.

Los de abajo no es así para nada una novela maniquea, de “buenos y malos”, en la que el autor se posicione claramente del lado de los federales o de los revolucionarios, alabando ciegamente la conducta de uno y criticando la de los otros, sino que en ambos bandos hay actitudes reprochables, como la falta de escrúpulos que sienten

tanto en uno y otro bando ante los asesinatos sangrientos, lo que situaría a todos ellos más en el lado de la barbarie que en el de la civilización.

En el caso de su protagonista, Demetrio Macías, se trata de un agricultor que abraza la revolución por una cuestión no social, sino personal, al considerar injusto el trato que le dispensa don Mónico, el cacique de su localidad, Moyahua, a quien llega a arrojar “una escupida en las barbas” y de quien se venga quemándole la casa, tras lo que, perseguido por la federación, se ve obligado a ir y formar parte de los revolucionarios. Y buena parte de quienes acuden en su ayuda, en su mayoría gentes sin apenas educación y conocimientos como Anastasio, Pancrancio y la Cordorniz, lo hacen más atraídos más por una aventura con la que llenar el vacío de sus vidas que con perseguir unos determinados ideales revolucionarios.

De este modo, aunque el retrato que el autor hace de algunos federales no sea en absoluto benévolo, como es el caso de los tres miembros del ejército que en las primeras páginas localizan a Macías en su rancho de Limón, adonde llegan “vociferando y maldiciendo”, sin educación, sin escrúpulos para matar a un perro y con una actitud machista al reclamar que alguna mujer les sirva algo de cenar, no es menos “salvaje” la actitud de los hombres de Demetrio, a quienes por ejemplo el narrador describe dando “alaridos de alegría” cuando su jefe les anuncia un próximo ataque a vida o muerte contra los federales o haciendo chistes cada vez que hieren o matan a un nuevo soldado federal: “Toma, en la pura calabaza, ¿vistes?”, le dice el Meco a Pancrancio en medio de un ataque. “Yo estoy de centinela, oí ruido entre las yerbas y grité: ‘¿Quién vive?’ ‘Carranzo’, me respondió este vale... ‘¿Carranzo...? No conozco yo a ese gallo...” Y toma tu Carranzo: le metí un plomazo en una pata”, cuenta por su parte Pancrancio a sus compañeros, buscando su risa cómplice.

Su crueldad se percibe sobre todo en un combate donde matan a varios federales hundiendo un cuchillo en sus costillas, rebanando cuellos de los que “de una fuente borbotan dos chorros escarlata” o arrojándolos vivos al vacío para, después, vestirse con las ropas de los cadáveres: ya no solo es que no tengan remordimientos de matar

a su supuesto enemigo, sino que se recrean con su asesinato, convirtiendo su lucha en una diversión macabra, un acto lúdico que poco tiene que ver con los objetivos supuestamente buscados por la revolución.

La novela ofrece así imágenes inquietantes de la sangría cometida tanto por unos como por otros, las cuales parecen cuestionar las consecuencias de toda revolución a muerte, como, en el caso de las víctimas revolucionarias, "las siluetas de los ahorcados, con el cuello flácido, los brazos pendientes, rígidas las piernas, suavemente mecidos por el viento".

La gran excepción, el "rara avis" de la novela, es Luis Cervantes, estudiante de Medicina y periodista que, en parte, parece ser un trasunto del autor; un personaje que, pese a su interés en lograr el lucro económico, y a iniciar la contienda del lado de los federales calificando a los revolucionarios de "bandidos" desde la tribuna de la prensa, se cambia de chaqueta tras sentirse incapacitado a combatir en la trinchera y sentir, según se apunta, un "odio solapado, implacable y mortal a las clases, oficiales y a todos los superiores".

Por sus estudios, que le han otorgado el don de una buena oratoria, Cervantes es quien más aferrado parece estar a los ideales revolucionarios (no tanto a los medios para ponerlos en práctica), y el único que arenga ideológicamente al resto, aunque no está claro si lo hace realmente por convicción o por interés personal. Por ejemplo, aboga "por el triunfo de nuestra causa, que es el triunfo sublime de la justicia; porque pronto veamos realizados los ideales de redención de este nuestro pueblo sufrido y noble, y sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen".

Cervantes es también quien intenta convencer a Demetrio de la importancia de su papel en la revolución, pero no consigue hacerle ver que, más allá de sus problemas con don Mónico, su lucha debería ser "contra el caciquismo que asola toda la nación (...) No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso

es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros”.

Es asimismo un hombre, según Demetrio hecho “de otra madera”, que no puede evitar volver la cabeza antes de presenciar un crimen y al que “una acémila muerta de fatiga en una tormentosa jornada” le hace derramar “lágrimas de compasión”. Aunque en cambio se muestra cruel y burlón con Camila, una mujer campesina que se enamora de él y a quien llega a calificar de “boba”.

Su intento de ideologizar a las tropas de Demetrio resulta no obstante frustrado y Cervantes no tarda en comprender que la revolución no acabará nunca y que, de hacerlo, quien resulte nombrado presidente de la República tomará el poder y, junto a la clase superior, “los de arriba”, se enriquecerá mientras la gran mayoría de los campesinos, tras haber arriesgado su vida, tendrán que volver al “azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes”. “Se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes”.

“Nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique”, llega a decir este personaje trascendental en la obra que, pese a sus palabras, es evidente que en el fondo tiene una visión pragmática de la revolución, al recomendar a Demetrio que no abandone la lucha y siga combatiendo pero no tanto para cambiar la sociedad sino para conseguir cierto bienestar económico.

Su desencanto le lleva a emigrar a EEUU y hacerse empresario.

3.COMENTE EL SIGUIENTE TEXTO DE CÉSAR VALLEJO:

III

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.
Madre dijo que no demoraría.
Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.
Ya no tengamos pena. Vamos viendo
los barcos ¡el mío es más bonito de todos!
con los cuales jugamos todo el santo día,
sin pelearnos, como debe de ser:
han quedado en el pozo de agua, listos,
fletados de dulces para mañana.
Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros
dejándonos en casa a los pequeños,
como si también nosotros
no pudiésemos partir.
Aguedita, Nativa, Miguel?
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
No me vayan a haber dejado solo,
y el único recluso sea yo.

3.1.Contextualización.

Numerado como III, es uno de los 77 poemas, todos ellos sin título e independientes entre sí, que forman parte de *Trilce*, el libro según los expertos más hermético y personal de César Vallejo (1892-1938), publicado en Lima en 1922, por tanto en un momento en el que el modernismo, presente en su obra prima, *Los heraldos negros*, de 1818, había entrado en decadencia y dado paso a las innovaciones de las vanguardias.

No obstante, aunque muchas de las poesías incluidas en *Trilce* utilizan técnicas como la escritura automática o la invención de palabras, este poema en concreto se encuentra entre los más accesibles y pertenece a una temática muy presente en el poeta peruano y en toda la poesía en general: la nostalgia por la infancia perdida y el dolor por inevitable llegada de la madurez y la finitud del ser humano. Un tema que en este caso aborda desde la propia experiencia, ya que lo escribió poco después de la muerte de su madre, acaecida en 1918, del fallecimiento de un amigo y de haber pasado cerca de tres meses recluido en la cárcel de Trujillo.

3.2.Tema.

La nostalgia impregna un poema en el que Vallejo, con un sentimiento de orfandad, rememora a su madre, ya desaparecida, y a otros miembros de su familia alejados cuando menos espacialmente de él.

Un poema en el que se pregunta, retóricamente, a qué hora volverán las “personas mayores” sabiendo sobradamente que su retorno es imposible, pues sobre ellos se ha cernido la “oscuridad”, que funciona como metáfora de la muerte y de la soledad.

Al plantearse la acción como la vuelta, probablemente imaginaria, del poeta a la que fue su casa familiar, y recordar entonces el pasado con nostalgia, destaca en el poema el contraste entre el pasado, feliz, y el presente, oscuro y lleno de nostalgia: dos tiempos que se entrecruzan y hacen original un poema en el que destaca ese recorrido del poeta por los rincones de una casa que ahora recorre en soledad (solo quedan supuestamente las gallinas, a las que asusta a través de una hipérbole que le sirve para

enfaticar la tristeza de su retorno a un hogar carcomido por el tiempo) o el contraste entre la espera de la madre durante su infancia (cuando le molestaba quedarse solo, pero sabía que volvería) y la actual, cuando ya no hay esperanza de que vuelva.

3.3. Recursos literarios.

César Vallejo es un autor que abogaba por escribir de forma libre, sin las ataduras de la gramática, y este es precisamente un poema que destaca por una sintaxis que renuncia a las normas, con expresiones cuestionables como “el mío es más bonito de todos” (en vez de “el mío es el más bonito de todos”), “madre dijo que no demoraría” (en vez de “se demoraría”) o “no me vayan a ver dejado solo” (en vez de “no me vayan a haber dejado solo”, expresiones a través de las que muestra su rebeldía ante las normas del lenguaje y que hacen su poesía sugerente, abriéndola a nuevas interpretaciones, en la última por ejemplo a que el autor tema que sus allegados le vean desde el otro lado “dejado solo” en el mundo.

También, el poeta renuncia a un discurrir lógico sobreponiendo distintos tiempos y voces, algunas a modo de *collage*, en las que en ocasiones aparece el niño que fue, como es el caso de “el mío es más bonito de todos”, con la que evoca los barcos con que jugaban de pequeños, o la entrañable expresión, que aparece en dos ocasiones, “madre dijo que no demoraría”. Infante que en ocasiones es sustituido por el hombre ya adulto, como en “acaban de pasar gangueando sus memorias / dobladoras penas”, lo que le permite comparar la felicidad del hogar familiar ya perdido con la soledad actual y expresar un sentimiento de nostalgia y fragilidad por el paso del tiempo.

El poema destaca asimismo por estar lleno de expresiones coloquiales, en muchos casos lugares comunes o próximos a ellos, como la pregunta “¿a qué hora volverán?”, la advertencia a modo de consejo maternal “cuidado con ir por ahí”, “mejor estemos aquí no más”, “ya no tengamos pena”, “como debe ser”, o las citadas “el mío es más bonito de todos” y “madre dijo que no demoraría”.

A estas expresiones hay que sumar la inclusión de nombres propios: los de tres de sus hermanos, Aguedita, Nativa y Miguel, la primera además con un diminutivo afectuoso

que hace del poema algo todavía más cotidiano. Y otra es la referencia al “ciego Santiago”, que según la crítica (no queda explícito en el poema) se correspondería con el campanero de su pueblo, una referencia autobiográfica que imprimiría un carácter más personal y auténtico al poema.

Es también este un poema con varios encabalgamientos, algunos un tanto abruptos como “vamos viendo / los barcos”, “y sin más / remedio”, “el desagravio / de los mayores siempre delanteros”. Junto al coloquialismo, el descuido sintáctico y gramatical, la ausencia de rima y la irregularidad de los versos, estos encabalgamientos le dan al poema un carácter un tanto prosaico que en cambio se vuelve más clásico con otros recursos como el hipébaton “el desagravio / de los mayores siempre delanteros” o enumeraciones como el citado nombre de los tres hermanos o “la vuelta / el desagravio”.

Destacan asimismo las referencias a lo oscuro y a la soledad, que contribuyen a expresar el sentimiento de orfandad del poeta o el trágico destino que a todos nos espera, con ejemplos como “está todo muy oscuro”, “la oscuridad”, “dejado solo”.

Y, aunque por momentos el autor parece intentar asomar algo de luz (“ya no tengamos pena”), la inclusión, entre exclamaciones, con entusiasmo infantil, del reiterado “el mío es más bonito de todos” o el recuerdo de los juegos compartidos con sus hermanos (“jugamos casi todo el día / sin pelearnos”), esos momentos recordados con nostalgia parecen haber sido sustituidos por una nueva realidad en la que aquellos mismos barcos que navegaban libremente en su infancia “han quedado en el pozo de agua”.

Aunque la esperanza vuelve a albergarse con la alusión a que están “fletados de dulces para mañana”. Unos barcos que podrían asimismo interpretarse como los barcos con los que de niño jugaba con su madre y sus hermanos pero, también, como los barcos en los que ahora todos ellos, mayoritariamente en orden de mayor a menor, se irán embarcando rumbo a la “otra vida”.

Destacable es también la personificación de esas “dobladoras penas” que, en nombre del poeta, habrían vuelto imaginariamente al hogar familiar “ganguendo sus

memorias” para encontrarse con la reacción de miedo de las gallinas, lo que introduce cierta jocosidad en medio del triste regreso.

3.4. Conclusión.

Nos encontramos, por tanto, ante un evocador poema de César Vallejo en torno a la nostalgia, la inevitabilidad de la separación, la muerte. Un poema que sobre todo destaca por introducir numerosas expresiones coloquiales sin entrecomillar y que le dan cotidianidad y por esa fusión de dos épocas temporales en la vida del autor (la de su infancia, feliz) y la actual, donde siente haberse quedado solo, sin la compañía de sus hermanos, y esperando en el hogar familiar la vuelta, ya imposible, de su madre.

4. BIBLIOGRAFÍA

ABEL-QUINTERO, Margaret, *Sobre ausencia y presencia en “Trilce”*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2009

AZUELA, Mariano, *Los de abajo*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2010

BADOSA, Enrique, *Relectura de César Vallejo*, en “Cuadernos Hispanoamericanos. Homenaje a César Vallejo, vol.2, núm.456-457, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1988

CANFIELD, Martha L., *Muerte y redención en la poesía de César Vallejo*, en “Revista de literatura hispánica”, volumen 1, número 36, Universidad Degli Studi, Firenze, 1992

CHESNEY LAWRENCE, Luis, *La dramaturgia de Rómulo Gallegos*, Revista de la Asociación Española de Semiótica, número 18, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2009

DAMBORIENA S.J., Ángel, *Rómulo Gallegos y la problemática venezolana*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2016

DELPRAT, Francois, *Doña Bárbara, vigencia de una leyenda*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2016

GALAO, José Antonio, *Rómulo Gallegos o el duelo entre civilización y barbarie*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2016

GALLEGOS, Rómulo, *Doña Bárbara*, edición de Domingo Miliani, Cátedra, Madrid, 2005

GICOVATI, Bernardo, *Lo infantil en el pensamiento y en la expresión de César Vallejo*, Universidad de Stanford, 1968

GUITART, Jorge M, *Simbolismo fónico en un poema de César Vallejo*, State University of New York, Buffalo, 2007

OSORIO, Luis Enrique, *“Doña Bárbara” ante la crítica*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001

PERDOMO JIMÉNEZ, Ricardo, *El héroe de “Los de abajo”*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2012

POLGAR, Mirko, *Un análisis de misticismo revolucionario en “Los de abajo” de Mariano Azuela*, en *“Cuadernos Hispanoamericanos”*, número 410, agosto, 1984, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2009

VALLEJO, César, *Trilce*, edición de Julio Ortega, Cátedra, Madrid, 2003